7:39 AM. 19 de septiembre de 1985

José Morales, presidente de la AMIS.

La clase siguió...

La experiencia. "Cuando empezó el sismo estaba en clase de administración y costos en la Facultad de Ingeniería de la UNAM, todavía no tenía nada que ver con la industria aseguradora. Pensamos que debía ser muy fuerte para que lo sintiéramos porque el piso en Ciudad Universitaria es de piedra. La facultad está muy bien construida, ni un cristal se rompió. Una hora después, salimos a descanso y por la radio y la televisión supimos que había sido horrible, pero yo hubiera pensado que era un temblor fuerte y nada más. La clase siguió".

Lo lamentable. "El aseguramiento en la ciudad de México está en niveles similares a los de 1985. Hay más presencia del seguro ligada a la inversión, pero desafortunadamente no en seguros de casa-habitación. Lo absurdo es que hay una exposición importante a terremoto y no hay una conciencia del riesgo. En zonas expuestas a huracán sí, porque hay recordatorios anuales: cada año dicen si va a entrar o no, en cambio en terremoto no hay avisos". ■

Recaredo Arias, director de la AMIS.

Por una semana

La reflexión. "Estaba en mi casa a punto de salir a la oficina. Mi hija, la segunda, tenía una semana de nacida. Lo primero que pensé es que nos podría haber pasado en el hospital. Intuí que algo estaba mal: vivíamos en Echegaray, donde casi no se sienten y se sintió fuertísimo.

"Me fui a trabajar, yo estaba en Seguros Independencia, y conforme iba avanzando, empecé a ver edificios dañados en la Cuauhtémoc, entre ellos el nuestro en Reforma 234. Por la tarde, los ingenieros habían diagnosticado que había que reestructurarlo o demolerlo.

"Fue un día muy difícil. Nosotros teníamos coberturas muy grandes, reaccionamos muy bien. No había Solvencia II, pero recibimos los pagos de los reaseguradores con una velocidad increíble.

Las enseñanzas. "Por un lado, aprendí que un evento de éstos puede acabar en menos de un minuto con el patrimonio que tantos años ha costado construir, y por el otro lado, que no se debe de escatimar en coberturas indispensables. ■

Manuel Aguilera, presidente de la CNSF.

Cambio forzoso

La reorganización. "Yo trabajaba en la Secretaría de Programación y Presupuesto. Estaba en la casa, preparándome para salir. No pude llegar a trabajar porque el edificio estaba en Fray Servando y se le cayeron dos o tres pisos; yo trabajaba en el quinto, que quedó como sándwich. Nunca hubo forma de entrar ya, pero afortunadamente ninguno de los compañeros estaba adentro.

"Primero nos mandaron a trabajar a una escuela pero no teníamos ni expedientes. Después, nos mandaron al sótano de un edificio que estaba donde hoy es el estacionamiento de Palacio Nacional, y ahí estuvimos un año. Lo más difícil fue recuperar el ritmo de trabajo, tardamos meses en reorganizarnos.

La preocupación. "Lo más importante en los eventos catastróficos es que las compañías de seguros no sólo sean solventes, sino oportunas para pagar, pues como lo vimos con el huracán *Wilma*, es de la mayor relevancia que los recursos fluyan lo antes posible para mitigar los daños". ■

El departamento "seguro" del piso 10

Sofía Macías Liceaga
El Economista

Antonio Fernández estaba de viaje en Burgos, España, el 19 de septiembre de 1985. No supo del terremoto hasta el 20, cuando intentó llamar a un amigo que se casaba ese día y en la recepción del hotel le advirtieron que era casi imposible comunicarse: "Se cayeron 70% de los edificios de la ciudad de México por un temblor, señor".

Aunque la aseveración había sido exagerada, su departamento de recién casado había pasado a formar parte de dos estadísticas del suceso: de los más de 1,000 que quedaron inhabitables por el terremoto y de los pocos que tenían un seguro. Es más, era el único que estaba asegurado de los 46 que había en su edificio.

Al saber de la tragedia, Antonio, hoy director de Seguros ING, trató de adelantar su vuelo, programado para el 27 de septiembre, pero en la agencia de viajes le aconsejaron que lo dejara como estaba "porque si lo trataba de cambiar, incluso podría terminar saliendo después", pues todas las personas con familia en México querían un boleto.

Al llegar al aeropuerto una semana después del temblor, lo primero que le preguntó su cuñado fue: "¿Te gustaba mucho tu departamento?".

Su departamento de recién casado, en el décimo piso de un edificio en la calle Paseo del Río, en Taxqueña, "con una vista a los volcanes preciosa, donde se veía el cielo azul porque no había contaminación", se había hundido 11 centímetros. Un pedazo del techo se había caído y se le incrustó hasta la mitad un tanque de gas "que por milagro no explotó". Unos meses después, la delegación Coyoacán tuvo que expropiarlo y derrumbarlo. Hoy es un parque.

Fernández recuerda que cuando lo vio estuvo a punto de llorar. Pero no todo estaba perdido: nadie había muerto y sus amigos al enterarse se organizaron para subir por las escaleras rotas de los 10 pisos y rescataron ropa, zapatos, el colchón de su cama, adornos y algunos muebles de rattán, que había comprado con su esposa un par de meses atrás y que "en ese momento eran de lo más modernos". Gracias a ese "maravilloso gesto de solidaridad", a su regreso tuvieron con qué vestirse.

Cuatro semanas después, se reunió con quienes habían sido sus vecinos hasta el 19 de septiembre, a las 7:39 de la mañana. Aún recuerda la cara de envidia "bien intencionada", con que lo miraban todos: era el único asegurado, y a diferencia del resto, que tenían que volver a empezar con el dinero de la indemnización y "unos cuantos ahorritos", él iba a comprar un nuevo departamento. Algunos le dijeron: "Qué buena suerte". Él sólo pensaba: "Qué buena suerte no, qué buen seguro".

Aunque pareciera que un seguro de terremoto nunca se va a usar, porque un sismo de 8.1 grados Richter es poco frecuente, Antonio entendió que "si existe la posibilidad de protegernos, hay que usarla. La fuerza de la naturaleza es brutal, nunca sabes si se va a mover la falla tal o cual y puede acabar con todo lo que tienes en segundos". ■

somacias@eleconomista.com.mx

Sofía Macías Liceaga
El Economista

Con "otro" sismo del 85

Las pérdidas, 23 veces mayores

Si ocurriera un temblor de la misma magnitud que el de 1985, causaría pérdidas económicas al país por 439,389 millones de pesos, es decir, 4.5% del Producto Interno Bruto (PIB), lo que equivale a una cuarta parte del Presupuesto de Egresos o toda la deuda externa, según cálculos del modelo de terremoto de la consultora ERN, Evaluación de Riesgos Naturales.

Las pérdidas aseguradas en la ciudad de México con un sismo de 8.1 grados Richter podrían ser entre dos y cuatro veces las causadas por el huracán *Wilma* en el 2005, es decir, entre 39,160 y 78,320 millones de pesos, mientras que los daños de 1985 fueron de 2,860 millones de pesos, informa Luis Álvarez Marcén, director de Daños de la Asociación Mexicana de Instituciones de Seguros (AMIS).

El Distrito Federal "ha crecido mucho" y las empresas tienen más cultura de seguro, por lo que el mismo fenómeno causaría entre 13 y 23 veces más pérdidas que hace 22 años.

Por desgracia, no es igual en los hogares: 38% de las viviendas del Distrito Federal tienen algún tipo de seguro, pero sólo 5% es de "casa-habitación", donde el dueño es el beneficiario; 35% restante está ligado a un crédito hipotecario, por lo que la indemnización se pagaría al banco o la institución acreditante, pero las personas creen que están aseguradas, lamenta Álvarez.

En México, "todos pensamos a mí no me va a pasar, aunque vivas en zona sísmica y de hundimiento", pero si el costo anual de una cobertura de terremoto puede ser 0.3% del valor del inmueble, todos los hogares deberían tener una, considera el Director de Daños de la AMIS.

Debajo de un lago

El Distrito Federal es una zona doblemente riesgosa porque además de ser sísmica, el Valle de México "era y sigue siendo un lago". Debajo de muchas construcciones hay hasta 30 metros de lodo. "Es como estar sobre una gelatina", compara Álvarez Marcén.

Tanto Luis Álvarez como Eduardo Reynoso, especialista en ingeniería sísmica de ERN, consideran que los códigos de construcción, modificados en 1987 y el 2006, mejoraron las exigencias para estructuras más resistentes, pero hay poca supervisión en la etapa de la construcción.

Los nuevos departamentos para vivienda media y media alta de colonias como Polanco o la Del Valle podrían sufrir daño con un temblor porque al requerir tres cajones de estacionamiento, los desarrolladores dejan un hueco en la base, "y si las columnas no están bien diseñadas no van a resistir".

En obras públicas, una de las preocupaciones de Reynoso son los distribuidores viales. El de Zaragoza es "un extremo de diseño sísmico", pues una mitad está en terreno firme y la otra en zona sísmica. Al momento de un terremoto, una parte puede quedarse estática y la otra desplazarse, generando un choque.

El distribuidor de San Antonio está justo en el límite de la zona de riesgo, que inicia en el Viaducto. "Por eso insistimos que no se construya el segundo piso para allá".

Otros bienes en riesgo son la Línea B del Metro, la Alberca Olímpica y obras patrimonio histórico del Centro, como la Catedral y el Palacio de Minería, a los que deben darles mantenimiento pues, además de la sismicidad, sufren hundimientos.

Las delegaciones con mayor amenaza son la Cuauhtémoc, la Venustiano Carranza y Coyoacán.

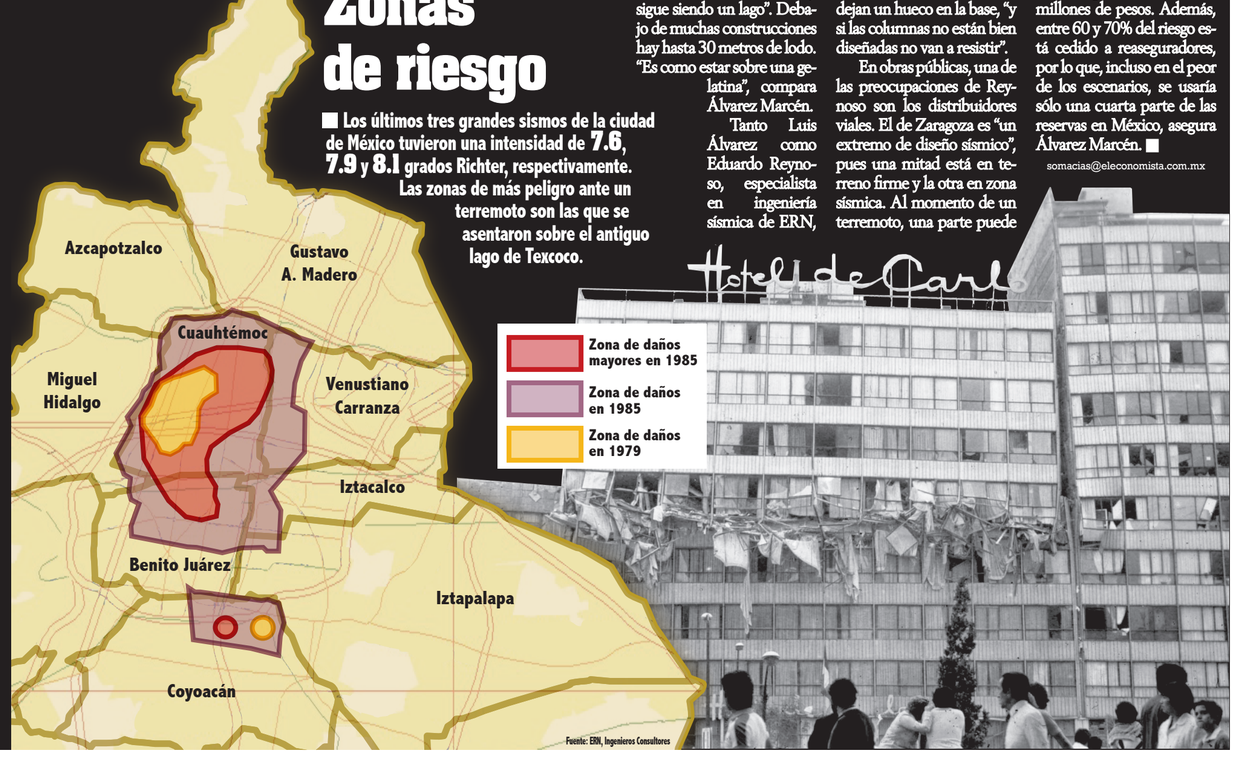
Seguridad garantizada

Pese al tamaño posible de la pérdida, el sector tiene reservas catastróficas para terremoto por más de 14,400 millones de pesos. Además, entre 60 y 70% del riesgo está cedido a reaseguradores, por lo que, incluso en el peor de los escenarios, se usaría sólo una cuarta parte de las reservas en México, asegura Álvarez Marcén. ■

somacias@eleconomista.com.mx

Zonas de riesgo

■ Los últimos tres grandes sismos de la ciudad de México tuvieron una intensidad de **7.6**, **7.9** y **8.1** grados Richter, respectivamente. Las zonas de más peligro ante un terremoto son las que se asentaron sobre el antiguo lago de Texcoco.



Fuente: ERN, Ingenieros Consultores